

Estas manifestaciones de la vida no turban sino á raros intervalos el sueño de aquellas soledades y esta tristeza mortal en medio de una vegetacion vigorosa tiene algo de sorprendente que produce una penosa impresion. Saben que esta region vegetal, no es propia para el hombre. Ahora mismo, estas aguas medio estancadas sorbidas por el reflujo del mar van á poner á descubierto bancos de légamo impenetrables: las raices de los paletuvios van á salir del agua medio

podridas, cubiertas de ostras y almejas fangosas entre las cuales corren una multitud de cangrejos parecidos á las arañas.

Toda esta gran capa de légamo va á exhalar gases sulfidricos retenidos en su interior por la presion del agua y que salen ahora á la superficie como burbujas de javon despidiendo un olor pestilencial. Durante la noche se une á estos efluvios febrifugos una humedad penetrante que hace tiritar, mientras que millares de

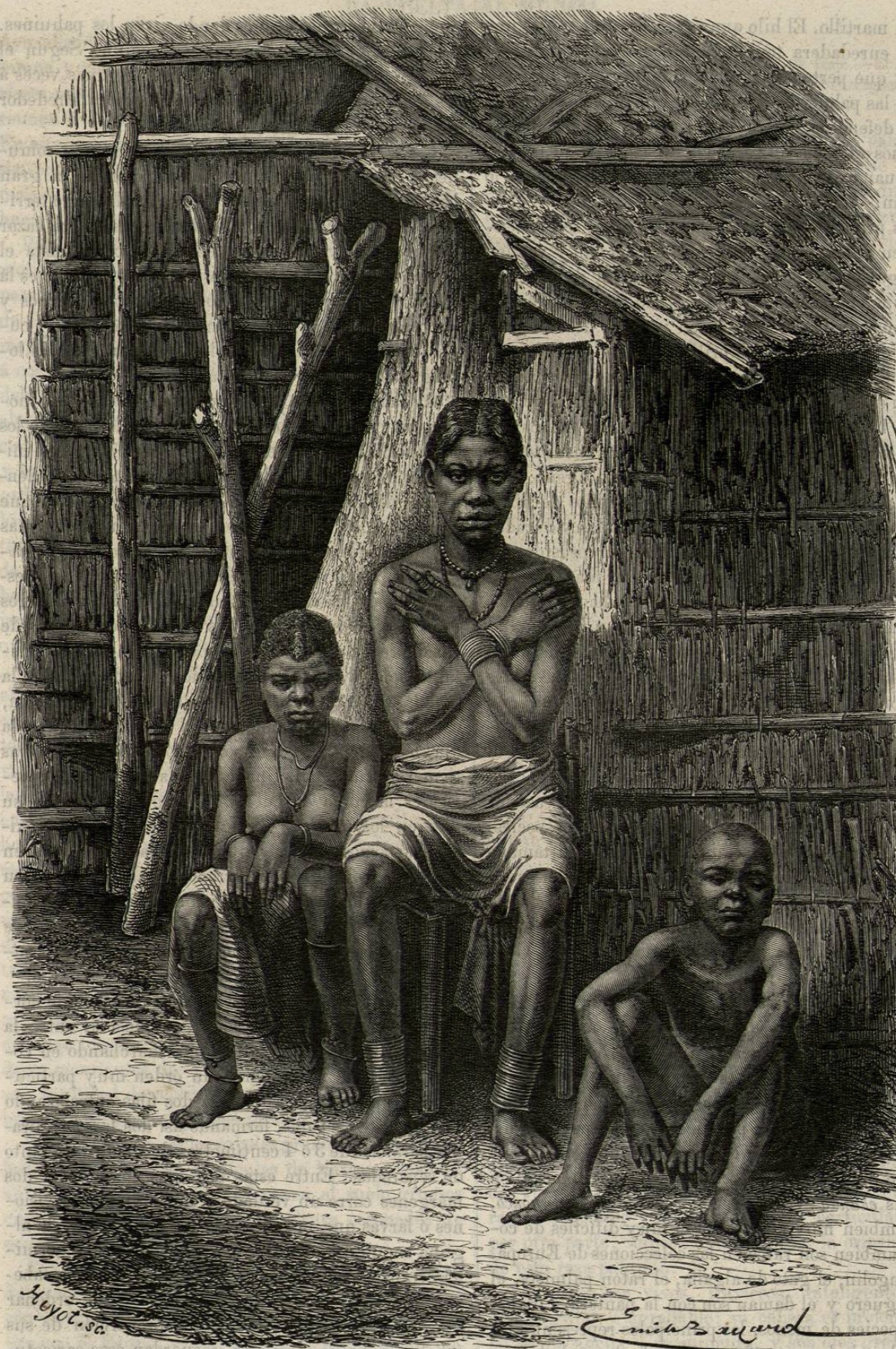


El tratante Ussengo y sus mujeres.

mosquitos llenan la atmósfera revoloteando alrededor de su presa. El europeo no puede vivir aquí; ni el mismo indígena sin ser atacado por la fiebre.

A medida que se adelanta hácia el interior, la naturaleza cambia de aspecto, el horizonte se ensancha y la vegetacion viene á ser mas variada. Árboles que, como el *aguiriqui* (*avicennia tomentosa*), parecen un intermedio entre el paletuvio y la demás vegetacion ordinaria, templan por decirlo asi la transicion. Despues aparecen una inmensa cantidad de *enimbas*, gran palmera, cuyo fruto seco y poco aceitoso ofrece un módico recurso culinario para el indígena, pero que

le suministra en cambio tablas hechas para la construccion de sus casas y tejas para cubrirlas. Estas tablas son las mismas ramas del *enimba* ó para hablar mas correctamente, la nervadura de sus hojas de 5 ó 6 metros de largas, gruesas, estrechas, planas por una de sus caras y de una rectitud admirable: no ha y mas que desembarazarlas de sus hojuelas para hacer de ellas un empleo perfectamente cómodo. En cuanto á las tejas, no son otra cosa que las mismas hojuelas cosidas unas con otras con agujetas de palo. Digamos de paso que, hablando propiamente una casa gabonesa no se edifica, sino que se cose pieza á pieza sin cla-



Mujeres y niño bakaleses.



vos ni martillo. El hilo que sirve para este uso es una larga enredadera tan flexible como consistente, el ojo, que pertenece también a la interminable familia de las palmeras. Viene a ser una especie de *rotang* muy defendida de por sí, porque está armada de ganchos ordenados a pares en los lados de su tronco, que cuando alcanzan a un pasajero difícilmente lo sueltan.

Los primeros pueblos de los bakaleses se encuentran en medio de los enimbas que explotan y venden a los gaboneses: la madera de sándalo y de ébano es su principal comercio. Esta raza no es muy numerosa: vanguardia detenida en su marcha de una gran tribu que habita en las orillas del Ogo-Wai, retrocede hoy bajo la presión de los pahuines que se infiltran en medio de ella. Los bakaleses que participan de los bulus por la fealdad, parece que comparten también sus defectos. Tienen los mismos instintos nómadas y la misma afición a la propiedad ajena; pero son más industrioses, pues fabrican tejidos de fibras vegetales de buena confección, más sólidos y duraderos que la mayor parte de las telas europeas de que hacen sus taparabos. Tienen también más que sus vecinos el sentimiento de la música y hacen muchos instrumentos parecidos al arpa y a la guitarra.

No abandonemos los bosques de los bulus y de los bakaleses, sin hacer mención de otros huéspedes que con ellos los habitan. Estos huéspedes son raros, y el cazador tiene aquí pocos recursos; pero el naturalista es más afortunado, sobre todo si desciende al reino microscópico.

El mejor hallazgo que puede ocurrir a un cazador es algún antilope, de que hay cinco ó seis especies, desde el gracioso animal que apenas tiene el tamaño de una liebre hasta el *bango* cebrino que es tan grande como un gamo, y del cual he dado yo un espécimen a la Exposición Colonial: es el *tragelaphus albivirgatus* de Chaillu, el antilope cebrino de Mr. Gervais.

En las altas laderas del fondo de la bahía, se suele encontrar un búfalo salvaje, el *niaré*, y más rara vez el jabalí de frente blanca de que yo he visto, sin embargo, un individuo en estado doméstico. Un hocico verrugoso, ojos guarnecidos de largas cerdas y largas orejas terminadas por mechones de pelos, dan a este animal un aspecto verdaderamente original. Una especie de perezoso, el *perodicticus poto*, llamado en el país *ekanda* y un trepador nocturno, el *youco*, son también muy curiosos pero muy difíciles de coger; también son raros en las colecciones de Europa. El pangolín, el gato de algalia, el ratón palmista, el hormiguero y el daman son con la pantera y diversas especies de monos, los principales representantes del orden de los mamíferos. El elefante y el gorilla, el más grande de los cuadrumanos no se hallan hoy

sino en los bosques lejanos donde viven los pahuines. La pantera no es tampoco muy común. Según el testimonio de Mr. Vignon, sigue algunas veces a las gentes que atraviesan los bosques, vaga alrededor de ellas, pero casi nunca las ataca.

Las serpientes son más peligrosas. Son más comunes y todas muy venenosas, a excepción de la gran boa *python*, cuya corpulencia hace desde luego terrible. Van con frecuencia a rondar las casas para cazar algún volátil y aun persiguen a los ratones hasta el mismo follaje de los techados. La más notable es la *echidna gabónica*, gran víbora de cortos cuernos y sin cola que suele medir 2 metros de longitud y cuyas escamas de variados colores forman grandes losanges de singular elegancia y regularidad.

Al lado de estos peligrosos enemigos, no es inoportuno colocar la hormiga, el azote, la peste de los países cálidos. Desde el animalillo familiar y casi microscópico, cuya república entera se aloja en la hendidura de una mesa, hasta la gran hormiga roja que frecuenta los bosques y se hace temer de los más grandes animales, se encuentran veinte especies diferentes. Unas viven entre nosotros, habitan en nuestras propias casas, se instalan a bordo de nuestros barcos, prestándonos algunos servicios en cambio de sus depredaciones. Como los perros errantes de Constantinopla, a los cuales abandona prudentemente la policía, el servicio de limpieza que ella no haría bien, estas hormigas limpian de toda inmundicia la casa que han adoptado: solo son incómodas, pero otras tienen la uña cruel. Una de las más singulares especies es la rubia de cuerpo prolongado, que hace su nido en los árboles. Con grandes esfuerzos aproxima los pomos de hojas que terminan las ramas en forma de bolsillos bien cerrados y allí establece su criadero. En cualquier árbol se cuentan por millares estos nidos, y nada iguala a la bravura de sus propietarios; a la menor agresión salen apresuradamente y sin vacilar hacen frente al enemigo.

Otra es más notable todavía; es una especie de hormigas rojas y grandes que se ven desfilar entre la yerba ó al través de los caminos marchando en columna cerrada y siguiendo un orden muy particular. Una parte se agrupan en dos filas entrelazando fuertemente las patas, formando así dos largas murallas paralelas de 3 ó 4 centímetros de altas y otro tanto de separadas. Entre estas dos filas como entre dos márgenes corre un verdadero río trayendo provisiones ó larvas que provienen acaso del pillage de alguna república enemiga; por medio de estas hormigas trabajadoras, circulan machos de grandes cabezas, libres de toda carga y encargados de ordenar y acelerar el desfile. La rara desproporción de sus cabezas y de sus corseletes, recuerdan esas caricaturas de cabeza colosal sobre un cuerpo microscópico.

Armados de fuertes tenazas hacen la policía de la columna y velan por su seguridad. En los flancos esterioreos reconocen el terreno, conducen a los fugitivos, reúnen a los rezagados y hostilizan a todo agresor. En este concepto no tienen mucho que hacer, porque son pocos los animales y hombres dispuestos a inquietarlas. Los negros que desconocen el calzado tienen buen cuidado de no pisarlas nunca.

Para respetar a estas hormigas viajeras, tienen otro motivo más serio que el temor de sus mordiscos. Me paseaba un día con un jefe, cuando encontramos uno de estos ejércitos que atravesaba la senda. En el momento de ir a salvarla, mi compañero se detuvo, fué a coger una hoja del árbol más inmediato, lo puso delicadamente en la corriente y pasó. Sospechando algún misterio, le pregunté qué significaba su acción. Mi mujer está en cinta, me contestó seriamente y hago esto para que no tenga mal parto. A tan singular revelación no pude contener la risa y mi hombre se ofendió diciéndome con mal humor que no tenía razón en burlarme de él, y que después de todo, si nosotros los blancos no teníamos miedo de las hormigas, no hacíamos gran cosa, como quiera que jamás llevábamos al Gabon nuestras mujeres. Hay que conceder que el argumento era perentorio.

A veces uno de estos ejércitos invade una casa y no abandona el puesto sino después de un gran zafarrancho. Escorpiones, cienpiés, gusanos de toda especie, todo es devorado en un instante, todo lo que tiene vida animal a lo menos, porque las sustancias vegetales no tienen que temer a estas invasiones. Tienen su enemigo particular: es el término. Si el término y la hormiga se coaligaran contra un pueblo, todo desaparecería en pocos días; pero por fortuna no hay enemigos menos irreconciliables. Como la hormiga, el término es aquí una raza fecunda en variedades. La más dañina es la que aclimatada en Europa, amenazó destruir los diques de Holanda, y mina aun en silencio algunas casas de la Rochelle y Rochefort; trabajo misterioso de que MM. Quatrefages y Michelet, han dado tan interesantes detalles. Otra construye verdaderos montículos de 2 y 3 metros de elevación con una multitud de celdillas interiores, obra más gigantesca relativamente que las pirámides de Egipto.

Otra construye en los árboles grandes nidos globulosos compuestos de partículas de tierra y madera aglutinadas. Otra en fin, eleva en el suelo gruesos cilindros de 50 centímetros de altura coronados de capiteles dentados.

Falta espacio para hablar de las arañas de variados colores, que parece un insecto de fantasía hecho con varitas de madera y de otros animales que constituyen el Fauno, escaso tal vez, pero realmente curioso de la región gabonesa.

Visita a los fans ó pahuines.—Sencillez de traje.—El Ito.—Armas singulares.—Flechas en herbadas.—Danzas guerreras.—Canibalismo.—El gorile.—Caza de elefantes.

De los pueblos bakaleses a los pueblos pahuines no hay más que un paso. El primero que visité en 1862, en compañía de dos oficiales de la división naval, acaba de establecerse muy recientemente a las orillas de un canal tortuoso afluente del río Como.

Después de mil giros en esta especie de arroyo, llegamos ante una punta culminante. Una casa que allí se hallaba podía pasar por la choza de algún indígena, amigo de la soledad; pero era en realidad el puesto avanzado de un pueblecillo que los árboles nos ocultaban aun y que esperaba a la defensiva. Bien nos habían dicho que los pahuines, raza verdaderamente guerrera, estaban siempre en guardia y no se dejaban fácilmente sorprender. En efecto, el cerro se coronó súbitamente de una multitud de guerreros grandes y pequeños, porque los mismos niños acudían manejando armas proporcionadas a su cuerpo. En medio de ellos apareció un jefe que llevaba un arsenal de javelinas y cuchillos de guerra. Era un hombre de algunos cuarenta años, alto, vigoroso, de rostro huesoso, de frente preñada, de sienes deprimidas y ensanchadas por la sección de los cabellos, bien formado, aunque de brazos largos y delgados y con muy feas cicatrices en el pecho. Por todo traje ceñía una piel de fiera. Su recibimiento fue más que frío, pero la elocuencia de nuestro intérprete y la esperanza de algunos agasajos desarrugaron su fisonomía. Por otra parte, si aquella gente no habían visto jamás blancos, no ignoraban tampoco nuestra existencia, y nuestra visita sin ser esperada no los sorprendía sino a medias. Algunas hojas de tabaco, distribuidas a la redonda, los pusieron muy luego de buen humor enseñándonos unos dientes puntiagudos, cuyo aspecto se acomodaba perfectamente a su reputación de canibales.

El pueblecillo que estaba a dos pasos de allí podía pasar como la mayor parte de los de los pahuines por una especie de fortaleza. Los dos ó tres centenares de casas que lo componían, formaban dos líneas continuas, perfectamente paralelas dejando intermedia una ancha calle, cuyas estremidades defendían dos cuerpos de guardia. Su población era verdaderamente notable y de un tipo muy particular. Es, por otra parte, imposible no estrañar la originalidad de esta raza pahuina.

Los niños son vivos, traviesos, inteligentes, de cara regular y agradable; su cabeza es prolongada, su frente ancha y prominente, y sus ojos grandes y de dulce mirada. Por desgracia, esta fisonomía simpática se modifica al llegar a la edad adulta. Hacia



los quince años, época en que las pasiones se revelan, el tipo de raza se pronuncia. La gordura desaparece, los pómulos resaltan, las sienes se hundén, la frente adquiere cada vez mas esa prominencia que imprime á la raza ese sello particular, distinguiéndose de todas las tribus gabonesas.

Las mujeres tienen también la cabeza prolongada y la frente saliente, pero rara vez tienen la cara huesosa y enjuta del pahuin: son bastante llenas, demasiado tal vez, sin llegar á la obesidad, cosa desconocida entre las razas negras. Sus manos son muy pequeñas y finas; lo que no impide que estas mujeres



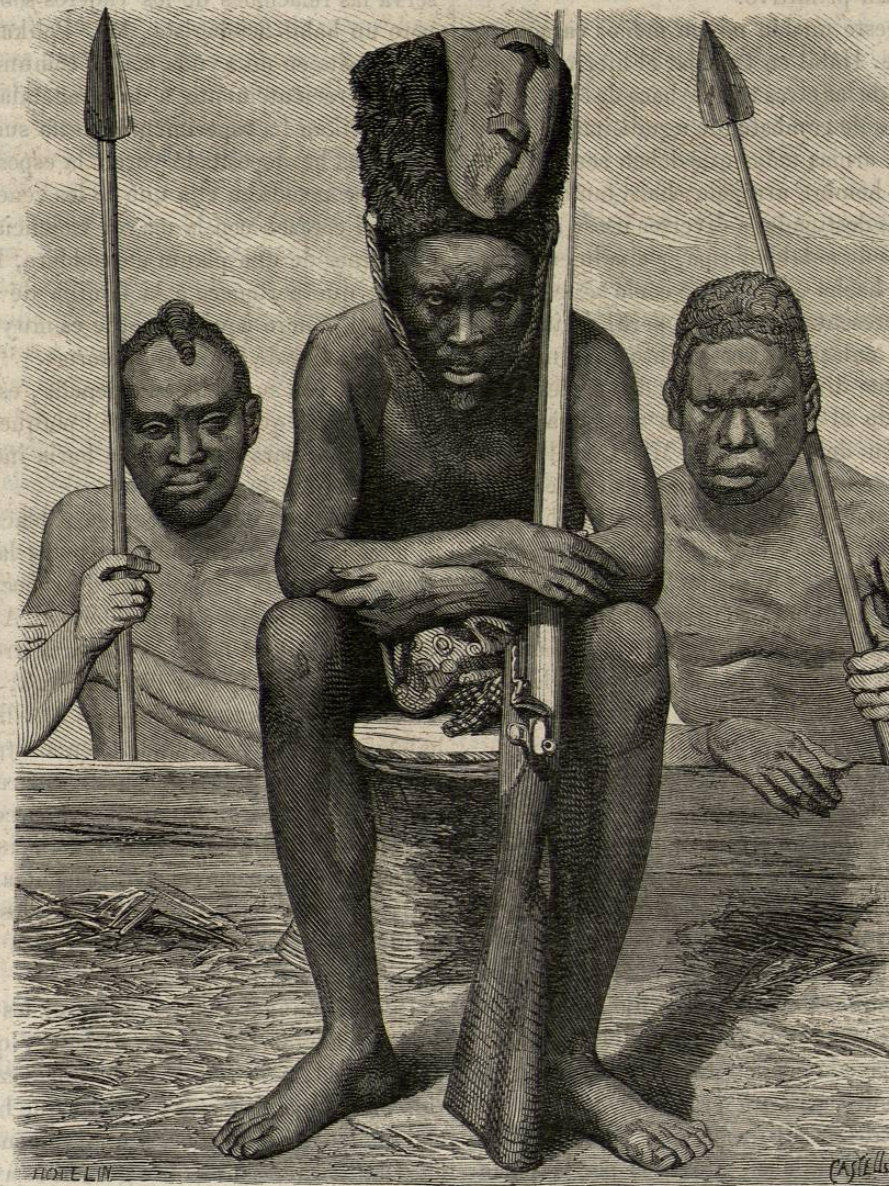
Ovoouchou, higuera de nervosidad descubierta.

de formas redondas y casi desnudas sean verdaderamente feas, con raras excepciones, y por desgracia para ellas el arte no ayuda á la naturaleza: lo cual no quiere decir que dejen de ser coquetas. Cubren el pecho con profusión de collares como las gabonesas y prenden á sus cabellos una multitud de sargas de perlas blancas y muy finas que caen á la espalda ó des-

cienden por delante azotándoles el rostro; tocado original y de muy buen efecto. Los brazos y piernas van guarnecidos de brazaletes y ajorcas de cobre ó de hierro bruñido que parecen ordinariamente largas ensartas de morcilla. Las madres jóvenes se afean á su gusto, pintándose de pies á cabeza con un cocimiento de palo rojo. Llevan un tahalf ó talabarte cu-

bierto de conchas de *cauris*, en cuyo extremo reposa el niño mamando. Vestidos, propiamente hablando, no llevan estas mujeres. Pero tienen el *ito*, adorno que les está muy bien: es un trozo de corteza roja plegada que se pasa por la cintura y cuya estremi-

dad se abre á modo de abanico en medio de la espalda, como la cola de un pavo haciendo ruedas. Si este volátil existiera en el país, se creería haber servido de modelo al inventor de esta rarísima moda. Esta especie de estofa flexible y fuerte, teñida de rojo



Guerreros pahuines.

con un cocimiento de palo de sándalo se hace del *encien* que no es otra cosa que una higuera, árbol, que, según la tradición, suministró en otro tiempo vestidos á nuestros primeros padres, y los suministra aun á gente casi tan próxima como ellos al estado natural.

Tal era el pueblo singular, en cuyo seno me ha-

llaba por la primera vez. Lo he vuelto á ver con frecuencia despues; pero sobre todo en los caseríos menos lejanos de nuestros establecimientos, donde comienza ya á perder su originalidad. Cazadores y guerreros, lo primero que los pahuines toman de los europeos, son las escopetas, despues de telas y zarrandajas grotescas que han hecho siempre las deli-